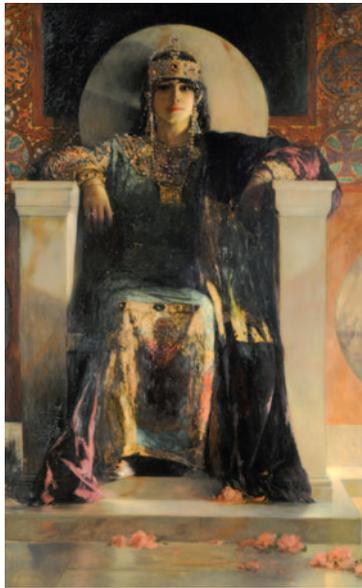


# Las Mil Caras de Teodora de Bizancio



Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2021

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)

  @reinodecordelia  [facebook.com/reinodecordelia](https://facebook.com/reinodecordelia)

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Miguel Cortés Arrese, 2021

Cubierta: Detalle de *Theodora* (1887), de Jean-Joseph Benjamin-Constant

IBIC: BGR

ISBN: 978-84-18141-41-6

Depósito legal: M-9196-2021

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Las Mil Caras de Teodora de Bizancio

Miguel Cortés Arrese



# Índice

PRESENTACIÓN	II
HEREDEROS DE BIZANCIO	19
El Bósforo, avenida líquida y triunfal	23
Constantinopla ciudad sagrada	30
Un caballero atraído por lo sobrenatural	39
Teodora, el regalo de Dios	48
DE TEODORA A EVA PERÓN	57
Primera Dama sin corona	64
Cuerpos bellos y resplandecientes	78
Mediadoras del favor divino: Anicia Juliana	86
Otros retratos de Teodora	95
Ravena, ciudad predilecta	102

<b>LA REINA CREYENTE</b>	<b>III</b>
El valor de la lealtad	118
Propagandistas de la tradición siria	125
Viaje del mártir Sergio a Constantinopla	129
Teodora, demonio encarnado	138
De niña suplicante al trono	152
El retiro de Herion	161
El anhelo de sobrevivir	165
<b>EL NACIMIENTO DE UN MITO</b>	<b>175</b>
El descubrimiento de la <i>Historia secreta</i>	177
«Sueño en Ravena y zarpo en Venecia»	184
La <i>basilissa</i> modernista	193
Enseñanzas de Aspasia y Cleopatra	210
Sarah Bernhardt pone en escena a Teodora	220
La más irreprochable de las mujeres	229
Una emperatriz de cine	239
Icono de la literatura y la moda	246
Historietas de Bizancio	258
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>269</b>



a Luis Alberto de Cuenca



# Presentación

**EL RETRATO DE TEODORA** en el mosaico de San Vital de Ravena, escribió Mauro della Valle en 2010, ha contribuido de manera decisiva a extender la fama de la emperatriz y ha influido profundamente en el imaginario visual durante siglos, hasta el punto de ser utilizado como espejo habitual de la augusta, solemne, hierática e idealizada. Aunque esta efigie tiene poco que ver con su imagen real. Solo Procopio de Cesarea, añade, puede informarnos sobre su verdadero perfil: «Era de bellas facciones y especialmente agraciada, pero de corta estatura y blanquecina de piel, aunque no del todo, sino solo algo pálida, con una mirada siempre enérgica y sostenida».

Sin embargo, advierte, muchos retratos que carecen de los datos necesarios para identificar a su titular, han sido asociados a Teodora. Así sucede, precisa, con el díptico de Justino de Berlín, donde no resulta



Mosaico de Teodora y su cortejo en San Vital de Ravena.

fácil individualizar las facciones de la pareja imperial. Por no hablar de su personificación como Ravena, pintada en 1909 por Galileo Chini para la Bienal de Venecia de ese año. O los rasgos mediterráneos de la seductora calabresa Gianna Maria Canale, quien interpretó a *Teodora* en 1954 bajo la dirección de Ric-



Fotocromo con Gianna Maria Canale en la película *Theodora Slave Empress* (1954), de Riccardo Freda.

cardo Freda. De ahí que della Valle titulase su meditación: «Teodora: cento volti e nessuno».

Tiempo atrás, en 1977, cuando Jorge Luis Borges dictó una conferencia en el teatro Coliseo de Buenos Aires sobre *Las mil y una noches*, al hablar del sim-

bolismo de los números se detuvo en la belleza del número mil. Precisó entonces que «la palabra “mil” es sinónimo de “infinito”», matizando a continuación que decir mil noches era decir infinitas noches. Por lo que cabe pensar que hablar de las mil caras de Teodora es hacerlo de sus rostros infinitos, la suma de su biografía.

Una historia, la de Teodora, compuesta por mil vidas en una: en el espacio y en el tiempo, con la mirada diversa ofrecida por detractores y partidarios, a caballo del odio y el hechizo que ha suscitado, deudores de su sensualidad y el poder que acumuló en el Gran Palacio. Una relación que abarca las caras y rostros de Constantinopla, Ravena y Éfeso, expresión de soberanía y orgullo, del poder supremo que atesoró, resplandecientes en su belleza.

Serie que presta atención también a la seductora muchacha de Benjamin Constant en el Coliseo, delgada, pálida y pelirroja. O la belleza orientalista y *fatale* de Italo Fiorentino y la matrona romana de las historietas de Maxence. O, en fin, la Teodora envejecida de Gillian Bradshaw, que acusaba en su cuerpo los efectos de la enfermedad que la llevaría a la muerte: «Las manos parecían las garras de un ave rapaz, solo huesos bajo los anillos enjoyados, y el rostro se le veía demacrado». Los estragos de la vida terrestre.

La aventura de Teodora, que de los bastidores del Hipódromo ascendió al trono de los césares, ha suscitado la curiosidad y alentado desde antiguo la imaginación de las élites cultivadas. Su vida prodigiosa incluye la mayoría de los ingredientes necesarios para confeccionar una buena historia, un relato seductor: búsquedas, viajes, tragedias y superación; además del poder y el amor. Tuvo el coraje de vulnerar las reglas que ordenaban el mundo en que vivió, de desafiar el destino que la sociedad le había reservado. Una vida asentada en los episodios, algunos difíciles de creer, tachados de chismes por Charles Diehl, que Procopio reunió con cuidado en su *Historia secreta* para conocimiento de la posteridad.

Tras la muerte de la augusta, la leyenda de su vida no dejó de crecer, la Iglesia ortodoxa la elevó a la santidad, al tiempo que a Justiniano, celebrando su fes-

tividad el 14 de noviembre. Y sirios y eslavos embellecieron su paso por este mundo con detalles novelescos que adornaron una ejecutoria singular. De heroína de la fe sería calificada por el patriarca Zakka I. La atención prestada por Voltaire, Montesquieu y Edward Gibbon a la obra de Procopio, puso las bases para que académicos, dramaturgos, pintores y músicos divulgaran su figura en Occidente en el siglo XIX, la dieron a conocer. En la centuria siguiente, literatos, cineastas, publicistas y autores de historietas hicieron de Teodora un icono popular. Al igual que les ocurrió a Helena de Troya, Mesalina o Cleopatra.

Hasta el punto de poder afirmar que, de todas las mujeres que pasaron por el trono de Bizancio, Teodora es hoy la emperatriz que resulta más familiar, la más cercana. Ningún otro personaje de la historia del Imperio ha tenido tanto éxito historiográfico, por un motivo fácil de colegir: ha sido tratada como un «*sucès de scandale*». Un atractivo que tiene que ver con sus orígenes como actriz y la controversia generada a partir de la difusión de la *Historia* en la cultura occidental. Una narración escandalosa y saturada de sañudo rencor, un libelo violento dirigido contra la pareja imperial, en palabras de Karl Dieterich.

Desde bien entrado el siglo XIX, se considera que el éxito de Teodora no tuvo que ver únicamente con su belleza, tan poderosa e irresistible, destructiva en ocasiones, y el uso que hizo de ella. Se ha subrayado que fue leal a Justiniano y a los amigos de los tiempos de dificultades, además de a su familia, a la que apoyó siempre. Es cierto que era dominante y manipuladora pero también abnegada, espiritual e inteligente en la percepción y solución de problemas como el generado por los creyentes monofisitas. Y enérgica en la toma de decisiones en sucesos tan graves para Bizancio como la rebelión Nika o la peste del año 542. Sin olvidar que puso su prestigio al servicio de desvalidos, menores y mujeres. La supervivencia de su leyenda, ha dicho Virginie Girod, elevada a la categoría de mito, es la prueba irrefutable del carácter extraordinario de Teodora, de su condición de mujer fuera de lo común.

Esta trayectoria, tan versátil, ha inspirado multitud de respuestas por parte de eruditos, escritores y artistas. Los estudios más cercanos en el tiempo, se-

Constantinopla,  
la mezquita de Top Kahné,  
de Ivan Aivazovski.



ducidos por los temas de género, violencia o propaganda política, han abierto nuevas perspectivas para comprender mejor a Teodora, de una forma más matizada y rica, de acuerdo con su compleja personalidad. Así hay que valorar las mil miradas que se esconden tras su nombre.

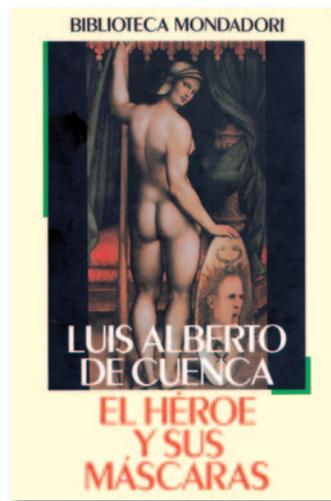
Mi interés por la figura de Teodora surgió tras la lectura de un artículo publicado en el primer número de *Erytheia* —1982—, firmado por Luis Alberto de Cuenca con el título de «Teodora antes de la púrpura». Un estudio cautivador por la maestría del autor a la hora de perfilar los rasgos de la muchacha más bella de la ciudad, «con ojos como flechas envenenadas y la piel de brisa o paloma», profundizar en la evolución de su personalidad y recrear la atmósfera por la que discurrió la infancia y juventud de la actriz más famosa de Constantinopla.

Nueve años más tarde, este trabajo se añadió a una relación de otros originales y dispersos del mismo escritor, reunidos bajo el estimulante título de *El héroe y sus máscaras*. Individuos marcados por el hierro candente de la desmesura, cuya «presencia nos quema y su mirada nos disuelve». Grupo distinguido al que se sumaron Gilgamesh y Julio César, pero también los forjadores de Bizancio y el incansable Justiniano, al que Teodora unió su suerte. Fue el mejor apoyo y estímulo que pudo tener.

Se hace necesario rendir homenaje a la revista *Erytheia* que, impulsada por la Asociación Cultural Hispano-Helénica y dirigida en la época fundacional por Pedro Bádenas de la Peña, fue un instrumento clave para asentar los cimientos de la Bizantinística



Cubierta y contra del número 1 de *Erytheia*, con el artículo de Luis Alberto de Cuenca.



Cubierta de *El héroe y sus máscaras*, de Luis Alberto de Cuenca.

española. Empresa intelectual a la que se sumó la colección «Nueva Roma», creada en 1996 al amparo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, conducida también por Pedro Bádenas de la Peña en tareas de director, Inmaculada Pérez Martín como secretaria y Luis Alberto de Cuenca y Prado desde el comité editorial. Su catálogo suma ya más de cincuenta títulos y goza de prestigio contrastado entre los estudiosos del mundo bizantino de todas las procedencias.

Un adelanto de este trabajo fue presentado en el congreso celebrado en el Rectorado de la Universidad de Alcalá, del 27 al 29 de noviembre de 2019, reunión científica que llevaba por título, *Mujeres imperiales, mujeres reales: representaciones públicas y representaciones del poder*. Las Actas van a ser publicadas en Brill Academic Publishers. Deseo agradecer a los organizadores, Mattia C. Chiriatti, de la Universidad de Alcalá, y Raúl Villegas Marín, de la Universidad de Barcelona, así como a Margarita Vallejo Girvés, de la Universidad que acogió el congreso, la invitación para abrir las sesiones con mi intervención y las atenciones recibidas durante mi estancia en esa ilustre institución.

Mi gratitud se extiende a Giorgio Vespignani, adscrito a la Università di Bologna y secretario de *Bizantinistica. Rivista di Studi Bizantini e Slavi*, por la deferencia y generosidad mostrada al haberme facilitado su esclarecedora investigación sobre «La Teodora di Bisanzio da Procopio ad oggi», cuando todavía estaba en prensa. Además de una copia del número 165 de la revista *Epoca*, de 1953,



Grabado iluminado de Teodora y Justiniano I.

que ilustraba su portada con una fotografía a toda página y en color de la deslumbrante protagonista de la película *Teodora*, de Riccardo Freda.

Los medios puestos a mi alcance por la UCLM, con los servicios de la Biblioteca a la cabeza, han facilitado en gran medida mi tarea y han hecho posible que este libro se ofrezca ahora a los lectores.



Cartel de *Teodora, emperatriz de Bizancio* (1954), de Riccardo Freda.

# Herederos de Bizancio

**LA PRINCESA BIBESCO**, descendiente de las élites que gobernaron Bizancio, casada con el heredero del último hospodar de Valaquia, publicó un libro en 1953 con el fin de liberar a la inocente Teodora «de las infamias que el terrible Procopio había cargado a su memoria». Perfil, el de la augusta, que ha fascinado, desesperado y escandalizado en Occidente desde el tiempo de Edward Gibbon.

La aristócrata, nacida en 1886 en Bucarest, pasó la infancia en las posesiones de la familia en Balotesti y creció en una Europa luminosa que sería herida de muerte en Sarajevo. La visita de los Romanov a Constanza, a orillas del mar Negro, fue una de sus últimas manifestaciones. Aconte-

cimiento que tuvo lugar el 14 de junio de 1914 y del que Marthe Bibesco fue testigo privilegiado al contemplar la llegada de la familia imperial rusa desde el puente del capitán del *Carolus Primus*, el yate del monarca rumano anclado frente al puerto. Daría cuenta de sus impresiones de ese día en *Images d'Epinal*:



La princesa Marthe Bibesco, hacia 1935.



El zar Nicolás II y la zarina Alejandra.

«El *Standard* llevando a bordo a la familia imperial rusa fue el primero en aparecer. Le seguía muy de cerca, con igual magnificencia, el *Polar Start*, transportando su séquito. A continuación se dirigieron de forma solemne hacia el muelle; los otros barcos del puerto parecían insignificantes [...]. La multitud, asombrada ante tanto esplendor, aclamó de forma entusiasta a los ilustres visitantes. Un hombre de corta estatura, vestido de blanco, permanecía de pie en la proa del *Standard*: Nicolás II, el «emperador de todas las Rusias». La emperatriz estaba a su lado, alta y delgada como un álamo, enhiesta sobre su marido; parecía ajena al acontecimiento. Cogía de la mano al zarevitch de nueve años. Tras ellos surgieron cuatro vestidos blancos y cuatro sombreros de verano:

Olga, Tatiana, María y Anastasia... ¿Cuál de las cuatro se convertiría en la prometida de Carol?».

Después de asistir al tradicional *Te Deum* en la catedral, los invitados reales acudieron a un banquete en el pabellón que se había construido junto al mar para la ocasión. El joven príncipe Carol, molesto por haber sido sentado entre Olga y Tatiana, estuvo serio y las dos muchachas permanecieron en silencio la mayor parte del tiempo. Las celebraciones se prolongaron durante la tarde, hasta que los invitados dejaron la ciudad y partieron con destino a Yalta. Y Marthe concluyó el relato de ese día como sigue: «No habría novia rusa para el príncipe Carol, pero siempre recordaré la llegada de los dos gigantes barcos, sím-

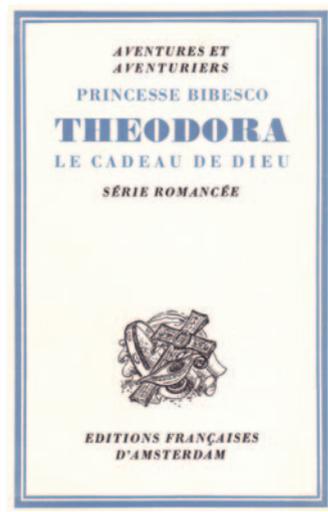
bolos de un imperio que iba a ser destruido en uno de los mayores cataclismos de los tiempos modernos».

La princesa, dotada de un irresistible poder de seducción al decir de sus contemporáneos, era descendiente por línea materna de los Mavrocordato, una familia que entró al servicio de los soberanos paleólogos en la Constantinopla del siglo XIV. Y cuando el Imperio cayó, los nuevos señores de la ciudad, los turcos otomanos, también solicitaron su colaboración y recompensaron a los Mavrocordato con cargos, honores y distinciones. Una familia ilustre, asentada en el Fanar, que se trasladó a Moldavia en el siglo XVIII.

Alejandro Mavrocordato I, el Exaporita, fundó la dinastía que habría de gobernar diecisiete veces en Valaquia y Moldavia. Sus sucesores Nikolaos y Konstantinos trataron de compaginar las virtudes de las ideas ilustradas europeas con el respeto a la autoridad de la Sublime Puerta. Dieron forma a una magnífica biblioteca y aspiraron, mediante la educación, a la formación de una conciencia nacional y la consiguiente liberación política de los herederos de Bizancio. Los palacios de Bucarest e Isasi y la biblioteca del monasterio Vacaresti, se habían de convertir en los focos de este movimiento, a la búsqueda de la libertad y el progreso.

Marthe Bibesco se propuso salvar del olvido y dignificar el pasado de Bizancio, tan desconocido como menospreciado en los ambientes culturales europeos. Como los Balcanes, las antiguas tierras «romanas» que los turcos habían arrebatado a la segunda Roma. Un espacio geográfico que discurría entre el Danubio y los Dardanelos, el Adriático y el mar Negro, cargado de connotaciones negativas en una medida sin equivalente en la época.

Se trataba de un mundo fragmentado y desestabilizado, vinculado por doquier a la violencia, el salvajismo y el primitivismo. Hasta el punto de que Re-



Cubierta de *Theodora Le cadeau de Dieu*, de la princesa Bibesco.

becca West señala en el prefacio de su *Cordero negro, halcón gris*: «La violencia era lo único que yo asociaba a los Balcanes». Una opinión influida por sus recuerdos liberales y la costumbre francesa de utilizar la palabra «balcánica» a modo de insulto. Aunque subrayaba que era difícil pensar en los naturales de aquellas tierras como gente apacible y mansa, porque Alejandro y Draga Obrenovic y Francisco Fernando y su esposa habían muerto de forma poco natural.

Añade, de todos modos: «Hube de admitir que yo, sencillamente, no sabía nada en absoluto del extremo suroriental de Europa». El asesinato el día 24 de



Momento de la detención en 1914 de Gavrilo Princip, autor del asesinato del heredero del Imperio austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando, y de su esposa.

junio, en Bosnia, del heredero de Austria y su esposa por el estudiante nacionalista serbio Gavrilo Princip supondría la desaparición del antiguo orden en Europa, la conversión de los Balcanes en un lugar maldito de la conciencia europea.

Así se puso fin al optimismo y confianza en el mundo que animaba a los europeos desde hacía décadas. Nunca, escribió Stefan Zweig, fue Europa más fuerte, rica y hermosa,

más bella y libre. Entonces sonó aquel disparo en Sarajevo y la guerra no tardó en llegar. Tras la derrota del Imperio austrohúngaro, Carlos I renunció a la jefatura del Estado el 11 de noviembre de 1918, y partió camino del exilio a Suiza. El escritor vienés cuenta en *El mundo de ayer* que fue testigo de ese momento histórico en la estación de Feldkirch:

«La locomotora se detuvo. Una agitación perceptible recorrió las filas de los que esperaban, y yo todavía no sabía el porqué. Entonces reconocí, de pie

tras del cristal de la ventana, al emperador Carlos, el último emperador de Austria; y a su esposa, la emperatriz Zita, vestida de negro. Me estremecí: ¡el último emperador de Austria, el heredero de la dinastía de los Habsburgo que había gobernado el país durante setecientos años abandonaba su imperio!».

### **EL BÓSFORO, AVENIDA LÍQUIDA Y TRIUNFAL**

LA PRINCESA BIBESCO era rumana de nacimiento y francesa de adopción, pero consideraba que su verdadera patria era Bizancio. Peregrinó en numerosas ocasiones a Constantinopla, la ciudad sagrada, faro de una civilización cuya esen-



*El puerto de Constantinopla y el Bósforo, por Ivan Aivazovski.*

cia era indestructible, de un mundo tan antiguo y superior al de sus ocupantes contemporáneos —pensaba— que no necesitaba justificación. Así lo recordaban poemas, pinturas y canciones, una de ellas compuesta tras la caída de la

ciudad en 1453, terminaba como sigue: «Romania ha muerto, Romania ha caído. / Pero aunque haya muerto, volverá a florecer y dar frutos».

Claro que Le Corbusier, que estuvo en Constantinopla en 1911, en un viaje decisivo para su formación, pensaba: «En cuanto a la Bizancio imperialmente disuelta, creo que no se puede revivir. Su alma ha abandonado las escasas piedras que aún aguantan». Marthe Bibesco recorrerá la ciudad una y otra vez y la describirá con pasión. La nostalgia de la patria perdida la llevará a adoptar una manera de expresarse casi oriental, hasta desconcertar a muchos de sus lectores.

Tenida en las primeras décadas del siglo XX por la capital más bella del mundo, la princesa Bibesco visitó Constantinopla por vez primera en 1905, al regreso de un viaje a Persia en automóvil. Una expedición que dio comienzo en Rumanía, atravesó Besarabia, Crimea y el Cáucaso y después de seis semanas de viaje, tras haber vencido toda clase de dificultades, otearon su destino, la mítica Isfahán. Era el 26 de mayo. La comitiva la encabezada el príncipe George V. Bibesco, de veinticuatro años de edad, enviado por el rey Carol I a cubrir una misión diplomática ante el sha, expedición de la que formaban parte su joven esposa Marthe, y el periodista de *Le Temps* Claude Anet, que ofició de cronista.

La princesa no pudo sustraerse entonces a la emoción que le produjo ver cumplido uno de los sueños de su infancia. Daría cuenta de su experiencia en un libro magnífico, *Les Huit Paradis*, calificado por Marcel Proust como «una serie ininterrumpida de acuarelas admirables y precisas, qué nombre puede darse a esta obra de arte nueva que se dirige a todos los sentidos a la vez, que a todos los encanta». Fue el comienzo de su carrera como escritora de éxito, la tarjeta de presentación de esta «escultora de palabras» en los cenáculos parisienses.

Los viajeros abandonaron la capital safávida el 3 de junio y siguiendo la estela de Pierre Loti, quien dos años antes había surcado los mares Caspio y Negro, se detuvieron en Trebisonda animados por su enorme poder evocador, el del relato de los Diez Mil cuando, a su regreso de Persia, en la cima del monte Tepes, Jenofonte y Licio «oyeron a los soldados gritar: “¡El mar, el mar!” y pasar la consigna de boca en boca».



Santa Sofía de Trebisonda. Dibujo de mediados del siglo XIX del arquitecto Ferdinand von Quast.

La dinastía de los Comnenos también alentó la imaginación de la comitiva: un imperio habitado por mujeres seductoras y despóticos *basilei* inmersos en la intriga, la lujuria y la indolencia. Asentados en una ciudad protegida por las murallas bizantinas que arrancaban paralelas a la costa y escalaban hasta el palacio en el punto más elevado de la población, con sus lienzos y torres cubiertas ahora con enredaderas. Nada reflejaba mejor que la iglesia de Santa Sofía lo que había sido aquel mundo de ensueño: bella, ligeramente misteriosa, enigmática y fascinante, remota pero no inaccesible. El paradigma de un mito.

De nuevo en el *Circassie* y camino de Constantinopla rastrearon el pasado helénico de Samsun, «la Ámiso que Mitritades adornó con templos» y Sinope, levantada en un promontorio que se adentraba en el mar, la más importante de las colonias griegas en el Euxino, aunque nada restaba de sus famosos templos, gimnasios y pórticos. La Bibesco da cuenta de la apacible navegación, del lento paso de las horas, de su traslado a la proa del barco al atardecer para contemplar el sol poniente hasta que la luna se elevaba triunfante sobre la costa de Asia Menor.

Ineboli fue su última parada antes de embocar el Bósforo, localizada en la puerta de un barranco cuyas colinas descendían de forma abrupta hasta el mar. Era el puerto de Qastamuniya, con la que estaba unida por carretera, un lugar

encantador salpicado de pequeñas casas con balcones de madera y amplias galerías que avanzaban al encuentro de las olas. De vuelta al paquebote, la princesa Bibesco dio a conocer el poema que había compuesto durante la travesía, con el título de *Regret sin fin*, que comienza:

«¡O país que nuestros ojos no van a volver a ver!  
Donde nuestra voz apenas ha sido escuchada.  
Ciudades que hemos alcanzado y abandonado  
en el espacio que va de un día a otro».

Invadidos por la melancolía, pues el viaje se acercaba a su final, los expedicionarios no tardaron en costear la entrada del Bósforo con sus riberas escarpadas, palacios otomanos, manchas boscosas de brillantes colores y un cielo cargado de vapores luminosos, el de los lienzos de Delacroix. Una avenida líquida y triunfal que protegía a los cultivados viajeros en su camino a la ciudad soñada. Pensaron que se trataba de un escenario imposible de describir para aquellos que no hubieran gozado ya de esa experiencia, la impresión causada por Constantinopla, levantada entre dos mares y dos continentes, salpicada de promontorios y colinas, adornada de una belleza sin parangón. Había que estar allí.

La princesa se alojó en el barrio de Pera, lugar privilegiado para contemplar la vista más famosa de la capital, un panorama de ensueño que se extendía desde el Topkapi hasta la Suleymaniye. Una vista que ofrecía desde el Bósforo, la torre de Leandro, el puente de Gálata y los barrios europeos de la ciudad, que no le había pasado inadvertida en 1717 a Lady Montagu, de la que se hicieron eco los viajeros que transitaron por Constantinopla a lo largo del siglo XIX y acabó por imponerse a todas las demás.

Así lo percibió el periodista Edmond About, quien fue invitado al viaje inaugural del *Orient Express* en 1883. Al término del trayecto en tren, subió anhelante a la cubierta del *Espero*, un transbordador de la Lloyd que le condujo desde Varna hasta el muelle del Top-Hané, en Estambul. Entonces escribió: «Porque si esta

ciudad tiene algo de hermoso, y lo digo por experiencia, es el primer golpe de vista, el perfil de las colinas, las cúpulas y minaretes recortados sobre el cielo, los colores cálidos y variados de los edificios grandes y pequeños, el vaivén de los navíos y caiques sobre el Bósforo y el Cuerno de Oro».

La princesa Bibesco empezó a recorrer la ciudad milenaria que había sabido conservar su belleza a pesar de terremotos, incendios y calamidades de todo tipo. Ayudada por la imaginación, paseó por el Estambul misterioso, triste y pobre que solía estar alejado de los turistas, por sus calles desiertas flanqueadas por humildes casas de madera, y atravesó las murallas terrestres al encuentro del campo abierto, de su memoria. Sorteó una madeja de callejones, recorrió el suburbio del Fanar y salvando montículos y escalones pudo admirar las fortificaciones de Teodosio, como había hecho Edmondo De Amicis treinta años atrás.

Fortificaciones ajadas por la derrota y el tiempo, escribió Le Corbusier, quien paseó por los mismos lugares que Marthe seis años después, en 1911, durante tres semanas. Entonces tuvo la impresión de que Estambul estaba inundada de tumbas. Las vio en las calles, alrededor de las mezquitas e incluso en los patios de las viviendas: «No sobrepasa sus formidables murallas bizantinas y prefiere apretujarse en unos espacios demasiado reducidos. Ahora que intramuros están ocupadas todas las plazas, la ciudad entierra a sus muertos en los grandes cementerios que hay justo al otro lado. Tras partir del Cuerno de Oro, los camposantos descienden nuevamente hasta él, azuleados por los cardos, erizados de estelas, con unos regios cipreses formando sus largas avenidas. La niebla se eleva a veces muy temprano y llena el aire de tristeza».

La aristócrata se sintió atraída por los campos de Eyub, la ciudad de los muertos, y visitó mezquitas y *turbes*, rindiendo cumplido homenaje a Roxelana en



Siluetas de Estambul realizada por Le Corbusier en 1911.

la *kulliye* de la Suleymaniye. Sin olvidar el laberinto de los bazares, a la búsqueda de las huellas orientales de la ciudad. Dejó atrás cúpulas y alminares avanzando por calles y plazas, deteniéndose en sus fuentes monumentales. Se sorprendió al advertir la vinculación de la capital otomana con el mar, que se animaba cada día con el incesante vaivén de sus habitantes a bordo de ligeros medios de navegación. Un caique la paseó una tarde por el Bósforo, durante la puesta de sol, cuando las nubes se reflejaban en el espejo del mar y asomaba una delicada luna creciente mientras caía la noche.

Marthe, a diferencia de Pierre Loti y antes de Théophile Gautier, centró su interés en el pasado bizantino de Constantinopla, en sus protagonistas y herencia. Traza una breve panorámica de la historia bizantina, se hace eco de Justiniano al visitar Santa Sofía y de Teodora subraya su condición de soberana proclamada santa por la Iglesia ortodoxa; emperatriz, añade, que participó de manera decisiva en la conservación del poder imperial.



Santa Teodora mostrando el icono de Cristo.

Por su parte, Pierre Loti se sintió atraído por el cementerio de Eyub, que visitó por vez primera una tarde fría, invernal, como le gustaba recorrer Estambul. Y a Ohran Pamuk, tal como evoca en su *Estambul. Ciudad y recuerdos*: «Siempre me ha gustado más el invierno que el verano en Estambul. Me gustan las noches que llegan temprano, los árboles sin hojas templando al viento del nordeste, contemplar a la gente volviendo a casa a toda velocidad por los callejones con sus abrigos y chaquetas oscuras en los días que unen el otoño con el invierno».

Un día Marthe subió hasta las galerías de la basílica de Santa Sofía y desde allí contempló la cúpula «como si se le hubiese aparecido en un sueño», asociada en su inmensidad con la del cielo. Más tarde se detuvo a analizar la estructura que había hecho posible tan sublime edificación y le vino a la memoria Antemio de Tralles, el arquitecto que «descubrió el secreto de encerrar dentro de los cuatro muros del edificio el sentido del infinito».

Solía contemplar la trama urbana desde el Cuerno de Oro, desde el puerto, durante sus paseos matinales, cuando la ciudad aparecía envuelta en la neblina, dominada por nubes vaporosas e inquietas. Pero con la llegada del atardecer, cuando la claridad dominaba el horizonte, se sentía embargada por la emoción:



Óleo sobre lienzo de Estambul realizado por el pintor francés Félix Ziem.

«Es “la Babilonia asentada sobre las poderosas aguas”. Las capitales situadas junto a espléndidos ríos cuya grandeza adoré una vez, se desvanecen en el fondo de mi memoria mientras miro esta desplegada a la entrada de dos mares, el poderoso estadio con sus enormes graderíos, el circo donde las olas que bañan Asia se unen a la corriente de la Propóntida y avanzan cargando una sobre otra, tropas a caballo de crines plateadas y azules, huestes de infantería lanzadas al ataque en un resplandor de luz».

Había sido fundada al amparo de un mito y convertida en espada de oro entre Oriente y Occidente, en palabras de Annemarie Swarzenbach. Mucho más espléndida que cualquier otra a la que se llegue por mar, al decir de Rose Macaulay. Una capital adornada con el vestido imperial de la luz del sol, con las aguas azules del Mármara a sus pies, con la mirada puesta en la leve bruma de las colinas de Asia, escribió Gertrude Bell.

### **CONSTANTINOPLA, CIUDAD SAGRADA**

UNA CIUDAD QUE SE ADORNÓ con tres nombres y asombró durante centurias a rusos, latinos y musulmanes, con iglesia mayor dedicada a la Divina Sabiduría, el símbolo del refinamiento de Bizancio, convertida muy pronto en el corazón de los recuerdos de aquella civilización milenaria. Una basílica, ha escrito Gertrude Bell, que guarda hoy una buena parte de las maravillas del edificio que mandaron levantar Justiniano y Teodora: «Solo la desnudez, el vacío enorme que mantiene la belleza de Santa Sofía intacta en altares brillantes y adornos chabacanos, recuerda que se está en una mezquita, así como los escudos colgados sobre los capiteles, cuyas letras de oro curvadas muestran el nombre del profeta y sus acompañantes».

El viaje a Persia y el descubrimiento de Constantinopla cambiaron para siempre la vida de Marthe. Durante las dos semanas que permaneció en la antigua capital bizantina, quiso verlo todo y restablecer sus lazos familiares al amparo de la memoria. Regresó en varias ocasiones a su ciudad sagrada, al pensar que era el origen de todo lo que amaba. Contemplaba el sublime panorama que se ofrecía a su mirada desde la habitación del hotel Pera Palace y caía en un encantamiento. Le Corbusier precisará que cuando hay luna, «el mar, visible a lo lejos, une con un hilo luminoso los minaretes que se suceden a lo largo de la loma de la colina», hasta conformar el célebre *skyline* de la capital.

Transformación, la de la princesa que, con frecuencia, sucedía durante la noche; entonces recitaba poemas junto a Madmoiselle Ratib, las dos distinguidas

y cultivadas, llegando a pensar que se habían convertido en princesas bizantinas. Encantamiento que la rejuvenecía, al tener la impresión que estaba viviendo a un tiempo su existencia presente y las vidas pasadas, las de sus antepasados.

Constantinopla, «*mes beaux jours revenus!*», se convierte en una fuente de juventud que la ayuda a alejar otras fatigas de su mente. La recorre amorosamente y poco a poco va descubriendo sus secretos. Navega por el Bósforo y el Cuerno de Oro, pasea por la antigua Mese y el Fanar, por sus calles coronadas con históricas casas de madera, donde habían vivido sus ancestros, los descendientes de la aristocracia y alta burguesía bizantina, donde se localizaba el Patriarcado. Distrito por el que también paseó Adolfo de Mentaberry:

«Barrio situado detrás del Cuerno de Oro, en la sexta colina, donde están el antiguo palacio Blaquernal y las ruinas del de Constantino. Estos griegos son más o menos ricos, ostentan con el orgullo de caídas majestades los nombres más famosos del que fue imperio bizantino, y fanáticos en su herejía, no van más que a la embajada de Rusia, y eso por profesar este país la misma religión».

Un día entra en Santa Sofía y traba amistad con el norteamericano Thomas Whittemore, que dirigía los trabajos de recuperación de los mosaicos bizantinos. Estaba al frente de un equipo de especialistas de variada condición: arqueólogos, historiadores, artesanos y restauradores. El profesor era un dandi delicado, vestido con atuendo formal y sombrero, que descubría su cabeza de manera ceremoniosa al saludar a sus interlocutores. Tenía el aire de un hombre de mundo, un cierto gusto por el secreto y habilidad extraordinaria para establecer relaciones al más alto nivel, tanto intelectuales como políticas.

Era de carácter tímido y muy sensible pero tenía voluntad de acero, elegante en el trato y excelente conversador. Con el paso de los años envolvió su tendencia a la reserva en un aura de misterio, alimentada por despedidas repentinas camino de los lugares más insospechados del mundo, tan inesperadas como sus regresos. Era un viajero infatigable.